



**Carmen de Mora**

## **La dualidad en los episodios amplificativos de «La Florida del Inca»**

Por haber sido escrita en un período de transición entre los siglos XVI y XVII, en que algunas crónicas se aproximaban cada vez más al discurso literario, *La Florida del Inca* (1605) es una de las obras que mejor ilustran la confluencia de elementos históricos, retóricos y literarios, y, por tanto, resulta un texto fronterizo que permite comprender el proceso de transformación de lo histórico en literario. Editada el mismo año que la primera parte del *Quijote*, cuando su autor tenía ya 66 años, es uno de los textos cronísticos más innovadores y mejor escritos de la época virreinal. Es también desde el punto de vista formal el libro más logrado del Inca Garcilaso. Seguramente tiene mucho que ver en ello el tiempo transcurrido desde que lo concibió hasta que finalmente lo publicó, pues, como se sabe, la redacción fue tan pausada que, según Miró Quesada, se la puede considerar un «mapa vital» de Garcilaso que lo acompañaría desde la juventud a la vejez. Debió de empezar la obra hacia 1585 o 1586, cuando tenía 46 o 47 años. Se supone que el origen del proyecto surgió cuando el Inca se encontró con Gonzalo Silvestre -su informante acerca de la expedición de Hernando de Soto a la Florida- en Madrid entre 1561 y 1563. Posteriormente, en los Preliminares de la traducción de los *Diálogos de amor* de León Hebreo, comenta que en 1586 escribía *La Florida* y en 1587 ya

tenía redactada la cuarta parte. Entre 1587 y 89 se trasladó a Las Posadas, para estar más cerca de Gonzalo Silvestre, quien, enfermo de bubas, había llegado allí en busca de unas yerbas para curarse. Después de 1590, cuando la obra ya estaba terminada, cotejó dos fuentes escritas -según cuenta en el «Proemio al lector»: las Peregrinaciones de Alonso Carmona, cuyo manuscrito le fue enviado por el autor en 1591, y la Relación de Juan Coles, que encontró en un impresor de Córdoba comida de polilla y ratones. Añade, además, que un cronista regio -posteriormente se ha sabido que fue Ambrosio de Morales- comparó sus borradores con cierta relación que poseía (Durand 1963: 598). Hubo otras crónicas de esta misma conquista<sup>1</sup>, pero de la comparación entre todas ellas destaca con mucho la cuidada elaboración del texto del cuzqueño.

Al analizar y aquilatar la obra de Garcilaso se ha valorado la perfección formal y el estilo literario que determina su escritura. Entre los primeros críticos en ocuparse de esta cuestión figuran Miró Quesada, Darío Puccini y E. Pupo-Walker. Aurelio Miró Quesada fue el primero en identificar escenas de la novela bizantina, narraciones al estilo de las novelas italianas e inclusive idealizaciones y aventuras como en los libros de caballería condenados por él (1955). Puccini y Pupo-Walker examinaron algunos de los episodios más representativos<sup>2</sup>. Aceptada la naturaleza literaria de La Florida, falta profundizar algo más en la construcción misma de los episodios que sirven de soporte al discurso histórico. Estos dos aspectos -narración e historia- están tan íntimamente trabados que no se pueden disociar; por ello, conviene detenernos brevemente en la doctrina de la Historia que maneja el Inca para enlazarla con el tema que nos ocupa.

Cuando el escritor cuzqueño escribió sus obras no existía una doctrina general de la Historia concebida de forma sistemática, sólo en los prólogos y dedicatorias de las obras históricas se prestaba atención a esas cuestiones. A partir del siglo XVI empiezan a escribirse tratados, aunque todavía muy generales. No obstante, los tratadistas españoles de los siglos XVI y XVII, entre los que se encuentran Vives, Fox Morcillo, Costa, Cabrera y fray Jerónimo de San José fueron en conjunto -según Montero Díaz- superiores a los del resto de Europa (Montero Díaz 1941: 7). En la historiografía renacentista -cuyo modelo era Guicciardini- los autores recurrían a los grandes historiadores de la Antigüedad clásica, principalmente Herodoto, Tucídides, Polibio y Tácito, que combinaban con la historiografía medieval (Montero Díaz 1941: 6). En el inventario de la biblioteca del Inca dado a conocer por José Durand<sup>3</sup> apenas figuran obras de preceptistas españoles ni de la literatura española de su tiempo:

Si bien abundan libros españoles, éstos son de índole científica o devota, o, a lo más, de curiosidades. Muy poco lo estrictamente literario: La Celestina, el Guzmán de Alfarache, Juan de Mena, Antón de Montoro, el padre Granada, Guevara (citado en la obra del Inca), y luego algunos humanistas e historiadores de importancia, como Nebrija, Vives (citados también), Aldrete, el portugués Osorio da Fonseca, Vitoria, Domingo de Soto, Rades Andrada, Baltasar de Morales, la Retórica del jesuita Francisco de Castro -obra dedicada al propio Inca- y quizás el padre Mariana.

(Durand 1948: 239-240)

Pero se sabe que esa biblioteca debió de ser más completa en un principio, cuando el Inca se encontraba en Montilla. También pudo conocerlas por otras vías, como préstamos de amigos. Lo cierto es que, sin que pueda hablarse de influencia directa -salvo en el caso de Vives-, las ideas del Inca sobre la Historia coinciden en lo sustancial con las de algunos de los principales preceptistas españoles: Vives, Páez de Castro, Fox Morcillo, Melchor Cano y Juan Costa. Todos ellos sostienen el valor pragmático y el carácter ejemplar de la Historia (*magistra vitae*) ciceronianos, y exigen del historiador una actitud independiente y ética a la vez.<sup>4</sup> Con Vives comparte la idea de la universalidad de la Historia y su profunda unidad, y el considerarla no sólo como ciencia sino también como arte. Con Páez de Castro, la importancia instrumental de la Filología. Con Juan Costa, la elegancia de la expresión, la importancia de la disposición y orden de los datos, la propiedad de los discursos y el empleo de sentencias (Cfr. Sánchez Alonso 1944, II: 8-12). Los preceptistas españoles, a pesar de la actitud renovadora generalizada que los caracteriza, mantienen aspectos de la tradición filosófica del medioevo, como la concepción teológica y providencialista de la Historia, que también comparte Garcilaso. En *La Florida del Inca* el aumento de la fe católica se convierte en origen, razón y objetivo prioritario de la conquista, y la expansión imperialista de la nación española se justifica por intervención divina. Garcilaso sostiene la idea de los españoles como pueblo elegido por Dios para predicar el evangelio, y a lo largo del libro son frecuentes las alusiones a las ganancias espirituales de los indios con la conquista y a la buena predisposición de algunos para ser evangelizados. Este interés justifica la queja, hacia el final de la obra, de que los españoles se hubiesen marchado sin conquistar ni poblar aquellas tierras por no haber encontrado los preciados metales. Si dejamos al margen las motivaciones personales<sup>5</sup> que tuvo el escritor para ejercer de cronista, el contexto de *La Florida*, en el plano socio-histórico, tiene que ver con toda la problemática sobre la naturaleza y salvación de los infieles que reverdeció a raíz del descubrimiento y se debatió en Valladolid y en el Concilio de Trento. La otra vertiente de la teoría providencialista era la homogeneidad o uniformidad psicológica que postulaba la semejanza entre los hombres y los hechos más allá de las diferencias de cultura, raza, tiempo o clima. En virtud de aquella, pueblos, hechos y cosas son reductibles a otros distantes en el espacio y en el tiempo. Se ha elogiado el esfuerzo de Garcilaso por mantener la ecuanimidad (*aequitas*) con las dos naciones confrontadas. Y, a sabiendas de que para el lector europeo los españoles eran superiores en el grado de civilización, se afana por explicar detalladamente todos los indicios que desmentían la barbarie de los indios floridanos<sup>6</sup>: la fertilidad de las tierras, el enclave de los pueblos, las características de las viviendas y los templos, las creencias religiosas de sus habitantes, las leyes matrimoniales y las que castigaban el adulterio, los hábitos alimenticios, los vestidos, tocados y armas. Las descripciones de personajes

corresponden sobre todo a los curacas o caciques, pues, a través de ellos, el autor se acerca a las fórmulas de gobierno y la vida civil de aquellos pueblos. Un ejemplo de que para el Inca los valores morales podían encontrarse también en los gentiles son las palabras que le dedica al cacique Mucoço:

Que cierto, consideradas bien las circunstancias del hecho valeroso deste indio y mirado por quién y contra quién se hizo, y lo mucho que quiso posponer y perder, yendo aun contra su propio amor y desseo por negar el socorro y favor demandado y por el prometido, se verá que nació de ánimo generosísimo y heroico, indigno de aver nacido y de vivir en la bárbara gentilidad de aquella tierra. Mas Dios y la naturaleza humana muchas vezes en desiertos tan incultos y estériles producen semejantes ánimos para mayor confusión y vergüenza de los que nacen y se crían en tierras fértiles y abundantes de toda buena doctrina, ciencias y religión cristiana.

(156-157)

Su actitud coincide en este punto con la de Las Casas, quien, en el *Argumentum apologiae*, reconoce una forma de vida social y política para las tribus indias (aztecas, incas y pueblos nómadas de la Florida). Su nombre, en suma, se puede asociar con los de aquel y José de Acosta en el propósito de acabar con los prejuicios que tenían muchos europeos sobre los amerindios.

Ya desde fines del siglo XV la influencia cultural extranjera predominante en España era la italiana. El Inca Garcilaso, que conocía bien la lengua toscana, no permaneció ajeno a ella. Los autores más leídos por él fueron Alessandro Piccolomini, Collenuccio y Botero de Bene, autor de las *Relaciones universales del mundo*. Pero probablemente el más cercano en la concepción de la Historia fue Guicciardini<sup>7</sup>.

Entre los preceptistas de la Antigüedad clásica, los criterios más próximos a los manejados por los autores citados y por el Inca figuran en *De oratore* de Cicerón. Cicerón defendía el ornato para la escritura de la Historia tanto en el fluir del discurso como en la variedad. Si bien la primera ley de la Historia -según la entendía- era no atreverse a mentir en nada y ser ecuánime, tanto la narración como su expresión exigían sus propios requisitos. En primer lugar, la narración requería un orden cronológico, una descripción del escenario, y que al narrar los hechos quedara claro no sólo lo que ocurrió, sino de qué modo. También era necesario, al hablar de los resultados, explicar los factores debidos al azar, la prudencia o la temeridad. De los protagonistas, no sólo la actuación sino la biografía y carácter de los más destacados. En segundo lugar, la expresión debía discurrir en un estilo «anchuroso y apacible», que fluyera con suavidad y sin sobresaltos (*Sobre el orador*, libro II, 51-61: 224-231). De los historiadores, además de Julio César y Suetonio, citados en *La Florida*, se ha relacionado la obra del Inca con Lucano (Marcel Bataillon), Jenofonte (Riva Agüero) y Tácito (Arocena), autor que figuraba en su biblioteca, aunque Sanmartí Boncompte no cita al

historiador cuzqueño entre los seguidores de aquél en su Tácito en España. Fuera directo o no el conocimiento que pudiera tener del autor de Agrícola, no faltan en La Florida estrategias similares: la inserción de episodios, anécdotas y sentencias breves sacadas de los casos de la Historia; los retratos morales; el poder de humanizar e individualizar; el manejo de los elementos dramáticos para incrementar el interés; la penetración psicológica en los personajes y sus intenciones con objeto de entender mejor los hechos; la utilización de arengas para darle más vida a la historia y verosimilitud a la narración; la combinación de lo artístico con lo moralizador.

Según se ha visto, la historiografía humanista combinaba el propósito moral y didáctico con el valor artístico de la obra. Es este segundo aspecto el que abordo a continuación, centrándome sobre todo en la técnica de la amplificación que forma parte del desarrollo de la estructura sintagmática del discurso (dispositio) y, más concretamente, de una de sus partes: la narratio. La amplificación es definida por Lausberg, en relación con el discurso grecolatino, como una «intensificación preconcebida y gradual (en interés de la parte) de los datos naturales mediante los recursos del arte en interés de la utilitas causae» (1983:1, 259, 234). Pero en los textos medievales el concepto de amplificación adopta un sentido más vasto. Los teóricos de los siglos XII y XIII la entendían con el significado de desarrollar o alargar un tema (Faral 1982: 61). En este segundo sentido utilizo aquí el concepto. Que la intención del Inca Garcilaso era embellecer el discurso histórico e ir más allá de la relación escueta de los hechos es evidente. Además de contener descripciones de la naturaleza, de los ritos y costumbres de los indios, de sus templos y viviendas, la obra está plagada de episodios, muchos de carácter bélico, donde se trata de aquilatar la dimensión moral del personaje: el valor, la magnanimidad, la prudencia, la capacidad estratégica, etc., así como sus contrarios. De casi todos los episodios puede extraerse una enseñanza moral y muchos de ellos se cierran con una sentencia, a modo de epifonema.

En el Renacimiento las teorías de la dilatatio narrativa proceden sobre todo del opúsculo *De copia rerum ac verborum* (1512) de Erasmo, dedicado a la amplificación de toda clase de discurso, laico o religioso. La teoría erasmista expuesta en la *Copia* fue adoptada en numerosos tratados retóricos del Renacimiento español. Se encuentra, por ejemplo, en las obras de Miguel de Salinas, Palmireno y Fray Luis de Granada (Aragües Aldaz 1999: 261-262). Las obras de este último estaban en la biblioteca del Inca y él bien pudo consultar el libro tercero donde se trata el modo de amplificar y los afectos. Según fray Luis de Granada, la amplificación tiene por finalidad conmover, persuadir o disuadir y alabar o vituperar, y las hay de diversos tipos. Las amplificaciones narrativas del discurso historiográfico que lleva a cabo el Inca en La Florida no se limitan a una simple acumulación verbal (*copia verborum*) sino a un desarrollo pormenorizado de todos los matices del asunto (*copia rerum*). Garcilaso opta por un tratamiento minucioso hasta de los menores acontecimientos, muchos de los cuales probablemente son ficticios o recreados con una gran inventiva. Parecería que quiso hacer de la expedición de Hernando de Soto una sucesión de episodios ejemplares o antiejemplares, dignos sobre todo

los de ser recordados como lo fueron en su día otros citados por él en el libro: la historia de Cleopatra, los bravos caballeros que aparecen en Ariosto y el Boiardo, Julio César en Alejandría, los españoles que vencieron en el río Albis al duque de Sajonia, el entierro que los godos le hicieron a su rey Alarico en el río Bissento, etc. La construcción de la Historia en el Inca presenta, entonces, esta doble vertiente: contar los sucesos relativos a la expedición de Hernando de Soto de la manera más fidedigna posible, cotejando todas las fuentes que tenía a su alcance, y darles una dimensión pragmática, a la manera ciceroniana, por la que debían interpretarse desde criterios filosófico-morales. Probablemente, con el propósito de dotar a la Historia del Nuevo Mundo del mismo carácter ejemplar que tuvieron los hechos de la Antigüedad, en suma, de darle autoridad a la conquista de la Florida, pues, como reconoce Rodríguez Vecchini, La Florida es particularmente consciente de toda la problemática que conlleva acreditar una historia de América, autorizarla y hacerla verosímil (1984: 13).

Los criterios morales ejemplificados en los distintos episodios se van poniendo de relieve a lo largo de la narración con personajes diversos, aunque la máxima ejemplaridad esté a cargo de Hernando de Soto. Por razones de espacio me voy a centrar sólo en uno de los primeros episodios que aparecen en La Florida donde se perfila la caballería de Soto: la traición de Hernán Ponce. Si bien la figura de Hernando de Soto ya basta por sí sola para relacionar La Florida del Inca con la Segunda parte de los Comentarios reales de los Incas este episodio concreto evoca hechos que se remontan a la conquista del Perú.

Veamos los antecedentes. Tiempo atrás Hernando de Soto y Hernán Ponce habían sido compañeros de aventuras y muy amigos. Los dos habían coincidido en León (Nicaragua) junto a Pedrarias Dávila, a quien dejaron de ser leales para pasarse al bando de Francisco de Castañeda, alcalde mayor. Por entonces, Soto y Ponce de León eran dos de los vecinos más ricos e influyentes de aquella ciudad. Más tarde participaron juntos en la conquista del Perú. Como se sabe, Hernando de Soto tuvo un papel destacado en aquella empresa por ser amigo de Francisco Pizarro, quien lo consideró segundo en el mando, después de su hermano. Fue también uno de los protagonistas de la batalla de Tumbes, de los acontecimientos de Cajamarca y la prisión de Atahualpa. No obstante, Pizarro lo había marginado en varias ocasiones; por ello, tal vez para desagraviarlo, pero sin duda por los méritos del capitán, después de la fundación de San Miguel, cuando procedió al reparto de tierras, le concedió la encomienda de Tumbes, convirtiéndose de ese modo en uno de los primeros encomenderos. Pero Soto prefería seguir a Pizarro, que se dirigía hacia la costa, antes que dedicarse a la administración de la encomienda, por lo que le encargó a Hernán Ponce de León que la administrase. Al cabo de unos años Soto decidió vender la encomienda para emprender la conquista de la Florida, entonces Ponce lo traicionó y se dispuso a volver a España con todas las riquezas atesoradas sin darle cuenta de ellas al verdadero propietario. En la versión de Garcilaso cambian las circunstancias pero se hace hincapié en la traición. Según cuenta, existía un acuerdo de hermandad entre Hernando de Soto y Hernán Ponce, desde que participaron en la conquista del Perú, por el que se repartirían siempre durante su vida lo

que ganasen o perdiesen. Hernán Ponce, después de que Hernando de Soto se marchara a España, tuvo un repartimiento de indios que le había concedido Francisco Pizarro, además de conseguir mucho oro, plata y piedras preciosas. Como no estaba dispuesto a compartirlo con su amigo, no quiso pasar por La Habana, pero, por una jugada del destino, hubo de hacerlo para refugiarse de una tempestad. Durante la noche quiso esconder el tesoro que llevaba para ocultárselo a Soto, pero éste, sospechando su intención, había enviado algunos guardas y centinelas que se lo arrebataron a su gente. Sin embargo, al día siguiente, Hernando de Soto se lo devolvió y le censuró su actitud<sup>8</sup>. Hernán Ponce fingió arrepentimiento y ofreció a doña Isabel de Bobadilla, esposa de aquél, diez mil pesos en oro y plata en calidad de ayuda a la jornada, cantidad que -según él- representaba la mitad de lo que había traído del Perú (pero no era cierto). Ambos, de común acuerdo, renovaron las escrituras de compañía y hermandad. Pasados ocho días, Hernán Ponce presentó un escrito ante el teniente de gobernador de La Habana reclamando el dinero que le había entregado a doña Isabel so pretexto de que había sido forzado por el temor de que le quitaran toda la herencia que traía del Perú. Demanda a la que no cedió la mujer. La narración se cierra con una sentencia de la que se extrae una enseñanza: «Muchas veces la codicia del interés ciega el juicio a los hombres, aunque sean ricos y nobles, a que hagan cosas que no les sirven más que de aver descubierto y publicado la bajeza y vileza de sus ánimos» (144). La rivalidad y enemistad entre los dos amigos evocan, salvando las distancias, las de Pizarro y Almagro.

La construcción de este episodio es paradigmática y se asemeja a la de otros muchos episodios amplificativos que están contruidos a partir de la dualidad: la repetición y contraposición de situaciones. Los dos personajes son semejantes y contrarios. Les une haber participado en la conquista del Perú y compartir una misma condición social. Esos lazos de amistad se ven reforzados por un contrato. Son contrarios porque uno actúa con ética y otro no: uno es leal, generoso y magnánimo; el otro traidor, ruin y vil. También las acciones son paralelas y contrapuestas: Hernán Ponce se propone engañar a Hernando de Soto, pero resulta descubierto; quiere proteger el tesoro, pero le es arrebatado. Soto se lo devuelve, pero Ponce persiste en la traición y trata de quitarle a doña Isabel la parte que le había entregado. Soto empeña todos sus bienes en la expedición a la Florida, Ponce se niega a arriesgar su patrimonio en una expedición incierta y regresa a España. El hecho en sí mismo nada aporta a la historia de la expedición. Si el Inca lo incluye es para glorificar la figura de Hernando de Soto y vituperar a Hernán Ponce. Es decir, para predisponer a los lectores a favor de Hernando de Soto y construir una imagen heroica y edificante de él. Al dignificar a Soto, está dignificando la Historia que narra y, por tanto, su propia obra. Los valores que el Inca le atribuye a Soto -y que han sido contradichos por otros historiadores de la expedición- son los que, a su juicio, debería tener un buen jefe militar, y que pueden encontrarse en *El Cortesano* de Castiglione. La figura de Hernán Ponce puede relacionarse con la de Luis Moscoso, quien capitaneó la expedición al morir Soto. Moscoso se negó a poblar aquellas tierras -como reclamaba continuamente el Inca en esta obra- por no haber hallado en ellas oro ni plata. Además de ser tan

interesado como Hernán Ponce, al negarse a poblar la tierra traicionó la voluntad y los proyectos del Adelantado. Otra contrafigura del gobernador es Pánfilo de Narváez, quien acaudilló la expedición de 1527. En varios lugares se compara la actuación de Narváez y de Soto para favorecer a éste. Y de nuevo es el paralelismo y la antítesis el recurso utilizado.

Así, por ejemplo, se contrasta la crueldad mostrada por Pánfilo de Narváez con el cacique Hirrihigua y con su madre, a la que echó a los perros, con el recibimiento cordial que le hizo Hernando de Soto a la madre de Mucoço. Si Narváez consiguió que Hirrihigua odiara para siempre a los españoles, Soto logró que Mucoço se convirtiera en el mejor amigo de ellos. Para el procedimiento de las antítesis el escritor parece aplicar una máxima que se encuentra en su traducción de los Diálogos de amor de León Hebreo: «las cosas se conocen por sus contrarios que, como dice Aristóteles, la ciencia de los contrarios es una misma» (Diálogo Segundo, 50b).

Este juego de traiciones y engaños, de magnanimidad y ejemplaridad se repite en numerosos episodios y actuaciones. No obstante las reproducciones no suelen ser idénticas sino que casi siempre se introduce alguna variación; así, el episodio comentado entre Hernán Ponce y Soto se repite entre el cacique Vitachuco y Soto, en otro contexto muy distinto (Caps. XXIII y XXIV, II, 1). Vitachuco había preparado una estrategia para sorprender al gobernador junto con los suyos y matarlos. Sin embargo, cuatro indios lenguas a quienes el cacique había dado a conocer su plan para contar con ellos lo traicionaron e informaron a Hernando de Soto. De ese modo fue el gobernador quien sorprendió a Vitachuco, arremetió en primer lugar y lo venció. Probablemente, más por el criterio estructurante de la dualidad que por razones de objetividad histórica, se produce una segunda batalla entre los mismos contendientes. En ella es vencido de nuevo Vitachuco (y muerto), pero antes los españoles son ridiculizados y a punto estuvo el cacique de matar al gobernador.

Como sucede en la épica, la manera que tienen de articularse esas amplificaciones corresponde a las leyes de la simetría, las repeticiones, los paralelismos y las antítesis. Los episodios simétricos y recíprocos son numerosísimos y sirven, entre otros fines, para equilibrar el tratamiento de los dos bandos confrontados. Uno representativo se narra en los primeros capítulos de La Florida del Inca. Se refiere a la expedición que organizaron siete hombre ricos de Santo Domingo, entre los que se encontraba Lucas Vázquez de Ayllón, oidor de aquella audiencia. Enviaron dos navíos por aquellas islas con objeto de capturar indios para que trabajaran en las minas de oro. Llegaron los navíos a un cabo que denominaron S. Elena y a través de un río saltaron a tierra. Con engaños y gestos amistosos atrajeron a los indios a los navíos y, cuando habían subido unos 130, levaron anclas y se los llevaron presos. Una vez en Santo Domingo los indios se dejaron morir de hambre y tristeza por el engaño (Cap. VIII, I). Pero en el siguiente capítulo sucede lo contrario. Cuando de regreso a la Florida Lucas Vázquez Ayllón llega a un lugar cerca de Chicoria fue recibido con festejos por los indios, quienes aprovecharon su confianza para sorprenderlos y matar a la mayoría. En ocasiones, la antítesis viene dada por la naturaleza de los agentes y por las consecuencias de los hechos, como el caso del lebrél y el hidalgo Tapia. Se cae el lebrél al mar y consigue salvarse, otro día se cae el amo y no



se salva. Son abundantes también los emparejamientos de personajes y las acciones repetidas. Personajes emparejados son, por ejemplo, Gonzalo Silvestre y Juan López Cacho en uno de los episodios más hermosos del libro (Caps. XII a XIV, II, 1). López Cacho acompaña a Gonzalo Silvestre a regresar al real en busca de comida y para decirle a Luis de Moscoso que fuera con su gente en seguimiento del gobernador. Los dos tenían aproximadamente la misma edad, algo menos de veinte años y ambos eran «esforzados y animosos»; se describen los dos caballos que montaban y se introducen dos imágenes poéticas muy similares en que las canoas y las flechas se comparan con las hojas de los árboles:

En el mismo punto perecieron tantas canoas en el agua que salían entre la henea y los juncos que, a imitación de las fábulas poéticas, dezian estos españoles que no parecía sino que las hojas de los árboles caídas en el agua se convertían en canoas.

(185)

[...] salido ya fuera del agua, avía vuelto el rostro a ver lo que en ella quedava y que la vio tan cubierta de flechas como una calle suele estar de juncia en día de alguna gran solemnidad de fiesta

(185)

Otros casos se refieren a repeticiones de acciones a cargo de indios esclavos que se rebelan contra sus amos y los agreden para demostrar el coraje y valor que tienen. Uno le ocurrió a un español llamado Francisco Saldaña. Por no matar a un indio que le había tocado en suerte, lo llevaba tras de sí atado por el cuello para entregarlo a los ajusticiadores. El indio, cuando se dio cuenta de lo que ocurría, «assió a su amo por detrás, como venía, con la una mano por los cabezones y con la otra por la horcajadura y, levantándolo en alto, como a un niño, lo volvió cabeça abaxo [...], y luego saltó de pies sobre él con tanta ira y ravia que uviera de reventarlo a coçes y patadas» (227). Lo mismo sucede con un indio preso que servía de guía a Juan de Añasco y a los soldados que lo acompañaban:

El cual, a poco trecho que uvieron caminado, viéndose en poder de sus enemigos sin los poder matar ni huirse dellos, desesperado de la vida, arremetió con el soldado que lo llevaba asido por la cadena y, abraçándolo por detrás, lo levantó en alto y dio con él tendido en el suelo, y, antes que se levantasse, saltó de pies sobre él y le dio muchas coçes.

(244)

También se repiten episodios cuando se trata de demostrar la destreza de

los indios en el manejo de las flechas, objeto de admiración constante en La Florida. Diego de Soto, sobrino del gobernador, y Diego Velázquez salieron a caballo para prender a un indio, pero éste consiguió burlarlos al flecharles los caballos y dejarlos tirados en el suelo (Cap. XXIV, II, 2). Idéntico caso se reproduce con una pareja de portugueses, Simón Rodríguez y Roque de Yelves, que había salido del pueblo a coger fruta verde de los montes (Cap. XXV). Los dos fueron abatidos a flechazos y muertos. Los españoles abrieron por la herida a uno de los caballos y se quedaron maravillados de lo profundo que había penetrado la flecha. Pero, además, esa misma acción de abrir a un caballo muerto para ver la trayectoria de la flecha se narra en el capítulo XVIII del mismo libro a propósito de Pedro Calderón y su gente cuando pasaron la ciénaga grande. Otro caso es el de las muertes de Carlos Enríquez y Diego de Soto en la batalla de Mauvila. El primero estaba casado con una sobrina del gobernador y era muy valiente y querido por todos. Para liberarse de una flecha que lo había alcanzado torció un poco la cabeza y dejó descubierta la garganta, de modo que fue alcanzado por otra flecha y degollado. Diego de Soto quiso vengarlo y solo consiguió ser alcanzado en un ojo por una flecha que le atravesó la cabeza y le salió por el colodrillo. Ambos murieron al día siguiente de haber sido heridos.

Los momentos más significativos de la obra casi siempre se repiten, ya sean descripciones, acciones o acontecimientos. El regalo que le hace la señora Cofachiqui al gobernador al ofrecerle un collar de perlas que llevaba puesto se repite de forma menos ceremoniosa cuando el gobernador y los suyos llegan al pueblo de Ychiaha y el cacique le hace el mismo presente (Cap. XXI, III)<sup>9</sup>. Se describen dos templos en la provincia de Cofachiqui, uno, el que servía de entierro a los hombres nobles del pueblo donde vivía la cacica y otro, el de Tolomeco, pueblo de sus antepasados. Y, por último, los dos entierros de Hernando de Soto, uno en la tierra, que no sirvió porque temían que los indios los descubriesen, y otro en el río, dentro de un arca hecha de encina.

El análisis de las ampliaciones demuestra que el Inca estaba muy familiarizado con los procedimientos de la epopeya. En La Florida cita el Orlando innamorato de Matteo Maria Boiardo y el Orlando furioso de Ludovico Ariosto. Admiraba también el Palmerino d'Oliva de Ludovico Dolce. Pero la obra más próxima a La Florida del Inca, sobre todo por el tema, los enfrentamientos entre indios y españoles durante la Conquista, y el escenario americano es La Araucana de Ercilla. De hecho, Ventura García Calderón describió la obra del Inca como una Araucana en prosa. El examen de la construcción de la obra en su conjunto demuestra que el escritor cuzqueño recurrió a una estrategia fundamental de la epopeya: la «disyunción exclusiva» o la «no-conyunción». Como explica Julia Kristeva, en la epopeya la individualidad del hombre está limitada por una remisión lineal hacia una de las dos categorías: los buenos y los malos, los positivos y los negativos (1981: 80). Es el esquema que funciona, por ejemplo, en La Chanson de Roland. En numerosas crónicas de Indias, el lugar de los malos lo ocupaban los naturales, equiparados a los infieles. Pero Garcilaso presenta la particularidad de neutralizar la disyunción exclusiva de carácter cultural que afectaba a los protagonistas de los enfrentamientos -españoles vs. indios- en la mayor parte de las crónicas

de Indias y sustituirla por disyunciones de naturaleza moral exclusivamente: bueno vs. cruel; valiente vs. cobarde; prudente vs. insensato; noble vs. vil; leal vs. traidor; etc. De ese modo, los indígenas, considerados inferiores por muchos cronistas, quedaban en un mismo plano que los españoles, pues los criterios para valorar a los individuos no son los de la raza o la cultura sino de orden ético<sup>10</sup>. La única salvedad es la religión, que hace superiores en ese plano a los españoles; por lo demás, a lo largo de los seis libros que integran la obra se encontrarán virtudes y defectos similares en los dos bandos. Lo mismo sucede cuando se trata de otros pueblos. El ejemplo más representativo tiene lugar en el doble entierro de Hernando de Soto que es comparado con el que le hicieron los godos a su rey Alarico. Las amplificaciones en el Inca contribuyen también a favorecer la iucunditas, es decir, el carácter placentero de la narración conseguido a partir de la variedad, como prescribía la doctrina retórica ciceroniana. Y lo característico es siempre la dualidad hasta en los detalles mínimos. Sirvan estos pocos ejemplos para testimoniar algunos de los procedimientos amplificativos más recurrentes en La Florida (paralelismos, simetrías, repeticiones y antítesis) y mostrar cómo el tratamiento particular de la dualidad o disyunción exclusiva, propia del discurso épico, constituye su principal soporte estructural. Pero es importante distinguir que en unos casos la dualidad concierne a aspectos meramente retóricos y constructivos, relativos a la sintaxis narrativa (la dispositio), y en otros hay que añadir un componente moral e ideológico. Es en estos últimos donde, más allá de la simple retórica, interviene el discurso mestizo del Inca<sup>11</sup> que, al juicio negativo de los europeos sobre la incapacidad y falta de entendimiento de los indios, le contraponen la elocuencia de sus discursos, la ejemplaridad (en el caso del cacique Mucoso, por ejemplo) y la valentía de sus hazañas, en un esfuerzo por equilibrar la visión sobre conquistadores y vencidos<sup>12</sup>.

## Bibliografía

- ARAGÜES ALADAZ, José, *Deus Concinator. Mundo predicado y retórica del exemplum en los Siglos de Oro*, Amsterdam/Atlanta, GA, Rodopi, 1999.
- CICERÓN, *Sobre el orador*. Introducción, traducción y notas de José Javier Iso, Madrid, Gredos, 2002.
- CHANG-RODRÍGUEZ, Raquel, «Quimera histórica y reafirmación indígena en La Florida del Inca, *Studi Ispanici*, 2005, pp. 267-276.
- , (ed.), *Franqueando fronteras: Garcilaso de la Vega y La Florida del Inca*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2006. (El mismo libro, editado en inglés lleva por título *Beyond Books and Borders: Garcilaso de la Vega and La Florida del Inca*, Lewisburg, Bucknell University Press, 2006).

- , «Género y jerarquía en La Florida del Inca», *Idealidades*, n.º 90, 8 de agosto de 2005, pp. 3-5.
- DURAND, José, «La biblioteca del Inca», *Nueva Revista de Filología Hispánica* jul.-set. 1948, (3), pp. 239-264.
- , «Las enigmáticas fuentes de La Florida del Inca», *Cuadernos hispanoamericanos*, 1963, pp. 597-609.
- FARAL, Edmond, *Les arts poétiques du XIIe et du XIIIe siècle*, Paris, Champion, 1982.
- HEBREO, León, *Diálogos de amor*, traducción de Garcilaso de la Vega el Inca. Introducción y notas de Miguel de Burgos Núñez, Sevilla, Padilla Libros, 1989.
- KRISTEVA, Julia, *El texto de la novela*, traducción Jordi Llovet, Barcelona, Editorial Lumen, 1981, 2.ª ed.
- LAUSBERG, Heinrich, *Manual de retórica literaria*, 3 Vols., Madrid, Gredos, 1983, 2.ª reimp.
- LÓPEZ-BARALT, Mercedes, «Introducción» a *El Inca Garcilaso de la Vega*, *Comentarios reales. La Florida del Inca*, Madrid, Editorial Espasa-Calpe, S.A., 2003, pp. XI-LXXIX.
- , *Para decir al otro. Literatura y antropología en Nuestra América*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2005.
- MAZZOTTI, José Antonio, *Coros mestizos del Inca Garcilaso*, México, FCE, 1996.
- MIGLIORINI, Bruno y OLSCHKI, Giulio Cesare, «Sobre la biblioteca del Inca», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, año III, abril-junio 1949 (10), pp. 166-167.
- MIRÓ QUESADA, Aurelio, *El inca Garcilaso y otros estudios garcilasistas*, Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1971.
- , «El Inca Garcilaso y su concepción del arte histórico», *Mar del Sur*, Lima, julio-agosto 1951 (18), Vol. VI, pp. 54-71.
- , «Creación y elaboración de La Florida del Inca», en *Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega*. Actas del symposium realizado en Lima del 17 al 25 de junio de 1955, Lima, Centro de Estudios histórico-militares del Perú, 1955, pp. 87-122.
- MONTERO DÍAZ, Santiago, «La doctrina de la Historia en los tratadistas españoles del Siglo de Oro», *Hispania*, IV, pp. 3-39.
- MORA, Carmen de (ed.), *Inca Garcilaso de la Vega*, La Florida, Madrid, Alianza Universidad, 1998.
- , «Semblanza del Adelantado Hernando de Soto en La Florida del Inca», *Anuario de Estudios Americanos*, XLII, 1985, pp. 645-656.
- , «Historia y ficción en La Florida del Inca», *Discurso colonial hispanoamericano*, *Foro hispánico*, 4, Sonia Rose de Fuggle (ed.). Amsterdam, Rodopi, 1992, pp. 51-66.
- , «El discurso sobre la mujer indígena en La Florida del Inca», *Espacio geográfico/espacio imaginario*, M.ª de las Nieves Muñiz (ed.), Cáceres, Universidad de Extremadura, 1993, pp. 165-175.
- SÁNCHEZ ALONSO, Benito, *Historia de la historiografía española*, 3 Vols. Madrid, CSIC, 1944.
- SANMARTÍ BONCOMPTE, Francisco, *Tácito en España*, Barcelona, CSIC Instituto «Antonio Nebrija», 1951.
- STIERLE, Karlheinz, «L'Histoire comme Exemple, l'Exemple comme Histoire.

Contribution à la pragmatique et à la poétique des texts narratifs»,  
Poétique, 1972 (10), pp. 176-198.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

